

¿CÓMO CONSTRUIR UN MUNDO MEJOR CUANDO SE EXTIENDE
LA EXTREMA DERECHA PARA EVITARLO Y LA IZQUIERDA
NO SABE CÓMO HACERLO?

JUAN
TORRES
LÓPEZ

Una hoja de ruta para
cambiar el mundo

PARA
QUE HAYA
FUTURO

DEUSTO

Para que haya futuro

Una hoja de ruta para cambiar el mundo

JUAN TORRES LÓPEZ



EDICIONES DEUSTO

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Juan Torres López, 2024

© Centro de Libros PAFP, SLU., 2024

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: mayo de 2024

Depósito legal: B. 6.124-2024

ISBN: 978-84-234-3726-9

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España



Sumario

Introducción	7
1. No es lo que parece: la otra cara del capitalismo	19
Progreso extraordinario, para gran parte inalcanzable	21
Más capitalismo y mayores beneficios, pero peor marcha de las economías	23
Soluciones a nuestro alcance que no se aplican	29
Recursos de sobra, sin utilizar o mal usados	34
La información más abundante, con más mentira y confusión.	37
Polarización y desencuentro con el ecosistema de comunicación más sofisticado.	42
Muchas democracias, poco poder de los pueblos	46
El capitalismo no es lo que fue, ni lo que se dice que es	47
2. ¿Cómo se ha llegado hasta aquí?	53
La revolución conservadora	55
Concentración de la riqueza y monopolio del poder	58
El vaciamiento de la democracia representativa.	64
Impedir el cambio a toda costa	71
La inoperancia de las izquierdas como contrapeso del neoliberalismo.	76
3. La legitimación del capitalismo contemporáneo: del consenso a la posverdad	85

La legitimación del sistema en los años gloriosos y su crisis.	86
La nueva alma neoliberal	90
El <i>Homo neoliberalus</i>	95
La desposesión indisimulable	99
La posverdad populista	106
4. ¿A qué podemos aspirar?	113
¿Ser realistas o permanecer como estamos?	115
Ya se ha ido más allá del capitalismo	120
Lo que dice la ciencia sobre la evolución humana y los cambios sociales.	125
Miembros de una misma especie.	128
Se puede influir en la trayectoria de la evolución humana . .	134
Hay espacios de complejidad más gobernables que otros. . .	138
La tecnología puede rehumanizar al ser humano.	141
Las «trampas evolutivas» se pueden evitar	145
5. ¿Qué se necesita para cambiar el mundo?	149
Analizar bien el mundo y su funcionamiento. Entender la complejidad.	151
Disponer de un relato: alumbrar el horizonte con luces largas	160
Un sujeto motor del cambio.	168
Evitar actos de fe: anticipar el futuro	173
Minar el poder establecido con otro de distinta naturaleza .	177
6. ¿Qué ofrecer, cómo actuar y qué ser?	185
Dar prioridad a lo prioritario	187
Pensar críticamente y desvelar.	195
Crear sociedad, dialogar e influirse mutuamente.	199
Convivir con lo viejo para hacer que brote lo nuevo.	204
Cuidarse y cuidar: ser humanos.	210
¿Adónde iremos?	212
Epílogo. Diez tareas prioritarias y una inaplazable	217
Resumen y conclusiones	233
Agradecimientos	243
Bibliografía citada	245

No es lo que parece: la otra cara del capitalismo

Tú eres un espejismo en mi vía.
Tú eres una mentira de agua
y sombra en el desierto. Te miran
mis ojos y no creen en ti.

DULCE MARÍA LOYNAZ

La primera paradoja de nuestra época es que para describirla casi nunca se usa su original y auténtica denominación, capitalismo. Los políticos que lo defienden, con toda legitimidad, no suelen mencionar esta palabra y, lo que parece todavía más sorprendente, ocurre lo mismo con casi todos los economistas convencionales. Como resalta Francesco Boldizzoni, Carmen Reinhart y Kenneth Rogoff consiguieron escribir una historia de 463 páginas sobre las crisis económicas sin utilizar el término.⁹ No hay ni un solo partido político en el mundo que se presente a las elecciones diciendo que se propone defender y proteger los intereses de los grandes propietarios del capital, a los capitalistas, a

9. Boldizzoni, Francesco, *Imaginando el final del capitalismo. Desventuras intelectuales desde Karl Marx*, Ediciones Akal, p. 244, Madrid, 2023.

las empresas que dominan los mercados, a los bancos y fondos de inversión. Y, sin embargo, todos ellos gozan de una extraordinaria protección y de ayudas que les permiten disfrutar de la concentración de ingreso y poder quizás más grande de la historia humana.

En todo caso, la realidad es que vivimos en un sistema capitalista basado en la libre iniciativa privada para conseguir beneficios, y que ha sido capaz de proporcionar un extraordinario progreso, pero a costa de producir gran desigualdad, despilfarro de recursos e insatisfacción. Y por eso para hablar de la situación en la que se encuentra nuestro mundo y de su futuro, necesariamente hay que contemplar esas dos caras.

En 1848, quienes posiblemente hayan pasado a la historia como los mayores críticos del capitalismo, o al menos los más conocidos, Carlos Marx y Federico Engels, escribieron en su *Manifiesto comunista* que la burguesía, el capitalismo, «ha creado maravillas muy superiores a las pirámides egipcias, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas, y ha dirigido expediciones superiores a las invasiones y a las cruzadas [...], arrastra la corriente de la civilización hasta las más bárbaras naciones [...], ha creado fuerzas productivas más variadas y colosales que todas las generaciones pasadas tomadas en conjunto».

Hoy día se puede asegurar que no sólo ha ocurrido eso, sino mucho más. Con el capitalismo se han hecho y aplicado descubrimientos que han cambiado nuestra vida y proporcionado soluciones, más o menos definitivas, a grandes problemas sociales, sanitarios o económicos de todo tipo.

En nuestro planeta hemos alcanzado niveles de progreso técnico, desarrollo tecnológico y bienestar humano extraordinarios para cuyo disfrute ha sido necesario un esfuerzo ingente y utilizar recursos muy cuantiosos. Disponemos de potentes fuentes de información y conocimiento y de un sistema de comunicación sofisticado y capaz de ponernos en contacto globalmente, a todos con todos e instantáneamente. Con el capitalismo se han extendido por todo el globo las democracias parlamentarias, y en los centros académicos se enseña que el sistema capitalista en que vivimos se basa en la autonomía personal y en la libertad de elección.

El capitalismo de nuestros días se presenta como un sistema exitoso y triunfante, que se sobrepuso a crisis profundas y a revoluciones, con una filosofía inspiradora de libertad y autonomía personal que apenas se pone en duda, con principios de funcionamiento y leyes de acumulación que se aplican incluso en grandes potencias, como China, que dicen ser comunistas. Un sistema cuyo final sólo osan imaginar intelectuales periféricos a quienes se toma por descarriados.

Sin embargo, apenas se escarba más allá de la superficie, es fácil encontrar otra realidad, de desequilibrio, insatisfacción e incluso de riesgo real de colapso. Un sistema económico que en casi nada se parece al que se muestra en los libros de texto o incluso al que trajo progreso y riqueza a todo el planeta. Y me parece que es fundamental contemplar esta otra cara del capitalismo para poder pensar con realismo en el futuro y hacer propuestas que puedan transformar efectivamente la realidad en la que nos encontramos.

Progreso extraordinario, para gran parte inalcanzable

El capitalismo de nuestro tiempo ha sido capaz de lograr los avances tecnológicos u organizativos más insospechados y espectaculares de la historia, pero no de evitar sufrimientos y carencias, para cuya solución se necesitan muchos menos recursos o inteligencia, a una gran parte de la población.

Sólo en lo que llevamos de siglo XXI, la relación de nuevos inventos, innovaciones o tecnologías que hemos comenzado a disfrutar es ya ingente y auténticamente revolucionaria, no sólo por su novedad, sino por la trascendencia de los cambios de todo tipo que su utilización lleva consigo.

Desde el año 2000 se ha extendido internet, que ya utiliza el 65 por ciento de la población mundial, y el 78 por ciento de la mayor de diez años dispone de teléfono móvil; se han fabricado y puesto en circulación automóviles sin conductor y aviones o barcos sin tripulantes, y ya se fabrican taxis aéreos. Ha hecho su

aparición la inteligencia artificial y, si bien sus potencialidades futuras son todavía inimaginables, ya hemos visto funcionar la realidad virtual o el reconocimiento facial, se ha comenzado a experimentar el control remoto del pensamiento, y las impresoras en 3D pueden construir prácticamente cualquier tipo de objeto para ser usado con extraordinaria utilidad con multitud de funciones. Aunque los algoritmos se utilizan desde hace mucho tiempo, en los últimos años se ha multiplicado nuestra capacidad para usarlos y, gracias a ello, se pueden tomar decisiones, a veces en milisegundos y con todo rigor, que antes requerían muchos años de cálculos.

En el área de la salud, quizás una de las que más tiene que ver con el bienestar y el cuidado de la vida, sólo en lo que va de siglo se han alcanzado avances gigantescos. Los nanorrobots observan o medican con una eficacia incomparablemente superior a la de los procedimientos tradicionales, y operan o bloquean tumores. La secuenciación del genoma permite avanzar en terapias que modificarán el curso de nuestra existencia. Y algo parecido ocurre con los avances en la investigación sobre células madre o las llamadas «terapias dirigidas», fármacos capaces de modificar el crecimiento celular o de vascularizar tumores.

En todas las áreas del saber humano y en todas las actividades que tienen que ver con la satisfacción de nuestras necesidades se han producido los avances más prodigiosos de la historia de la humanidad. El desarrollo de la física cuántica la convierte en la base más avanzada de la comprensión de los fenómenos naturales. Si los investigadores de vanguardia reconocen que pensar en lo que puede traer consigo supone un desafío para su imaginación, ¿cómo podemos hacernos las personas corrientes una idea de su trascendencia?

Los avances científicos de estos últimos años, como los cientos que se fueron realizando con anterioridad, no se quedan en laboratorios o en marcos reducidos de la vida social y económica. Se aplican, como es fácil de comprobar, para modificar las condiciones de vida diaria de la población del planeta. Es un hecho innegable.

La nanotecnología se aplica a la actividad agrícola y permite conservar y estabilizar vitaminas, enzimas o proteínas y añadirlas

a los alimentos. Los drones vigilan las plagas y transmiten en tiempo real a las tabletas de los agricultores el estado de los cultivos. En los últimos años se han construido las obras de ingeniería más avanzadas de la historia, puentes, túneles, presas, viaductos, edificios... En multitud de ciudades se han realizado innovaciones revolucionarias para mejorar la movilidad, hacer sostenible el uso de los recursos, ahorrar costes o diseñar hábitats más acogedores y satisfactorios... Y lo mismo podría decirse de lo ocurrido en todas las demás dimensiones de nuestra vida, en la educación, el cuidado, el comercio, el transporte, la conservación del medio ambiente... Unos cambios que resultarían todavía más prodigiosos si los comparamos con la realidad de hace cincuenta o cien años.

Sin embargo, la paradoja aparece porque junto a estos avances colosales fruto de la inteligencia humana más excelsa, hay situaciones no menos impresionantes de carencia.

A finales de 2020, la población mundial era de 7.821 millones de personas. Pues bien, según los datos que proporcionan los informes sobre desarrollo humano de Naciones Unidas, de ellas, 4.200 millones no disponían en ese momento de saneamiento gestionado de manera segura, 3.000 millones no tenían instalaciones básicas para el lavado de manos, 2.600 millones utilizaban fuentes energéticas nocivas para cocinar, 2.200 millones no contaban con servicios de agua potable, 2.000 millones carecían de un retrete, 1.800 millones no disfrutaban de vivienda digna y unos 900 millones vivían en asentamientos informales, 1.000 niños morían de media cada día por falta de agua, y unos 750 millones vivían sin acceso a la electricidad. En ese año, 1 de cada 4 centros de atención de la salud carecía de servicios de agua, 1 de cada 3 de acceso a la higiene de las manos en los lugares en que se presta atención, o de medios para separar los desechos de manera segura.

Más capitalismo y mayores beneficios, pero peor marcha de las economías

Desde los años ochenta del siglo pasado, el capitalismo es más capitalismo que nunca.

Desde entonces han desaparecido los controles a los movimientos de capital y se han cambiado las leyes para que las empresas y los bancos se desplacen libremente o lleven a cabo cualquier tipo de actividad capaz de proporcionar beneficios. Se ha hecho la vista gorda para permitir que numerosos territorios a lo largo de todo el planeta se constituyan en paraísos fiscales en los que las grandes empresas y patrimonios pueden evadir los impuestos cada vez más reducidos que han ido estableciendo los gobiernos. Se privatizaron las empresas públicas vendiéndolas a bajo precio al capital privado. Poco a poco se fueron desmantelando servicios públicos para dar entrada, en sus franjas rentables, a empresas privadas. La incorporación de las nuevas tecnologías de la información y las telecomunicaciones permitió que el planeta se convirtiera en un mercado global para que las empresas ahorren costes y ganen más dinero. Se llevaron a cabo reformas legales para que la industria, las finanzas, el comercio internacional y todas las actividades económicas en general pudieran desarrollarse sin apenas trabas en todos los mercados.

Se hizo saltar por los aires las relaciones laborales del viejo capitalismo protector y bienestarista. Se desmantelaron los antiguos espacios fabriles en los que miles de trabajadores podían organizarse y actuar como un ejército. Se transformó la propia naturaleza del empleo para que una inmensa mayoría de los antiguos trabajadores asalariados pasaran a ser trabajadores autónomos, empresarios de sí mismos o microempresas, obligados a negociar desde su pequeñez con las grandes. Se atacó política y culturalmente y sin descanso a los sindicatos, y todo ello mermó la capacidad de resistencia de las clases trabajadoras, lo que permitió imponer condiciones laborales y salariales mucho más beneficiosas para el capital.

Se desempolvó el viejo credo liberal de principios del siglo xx y se impusieron políticas económicas basadas en el principio de mínima intervención y de apoyo al mercado. Se dio autonomía a los bancos centrales para que el dinero circulante fuese controlado al margen del interés público expresado en las instituciones representativas. Se ataron las manos de los gobiernos al obligarlos a ser financiados por la banca privada, lo que disparó su deu-

da (el beneficio de la banca) y justificó el recorte de los gastos sociales. Y, por añadidura, se olvidaron otros antiguos objetivos de la política económica, como el pleno empleo o la equidad, para centrarla en la estabilidad de precios, sobre la base de que eso exigía una permanente moderación salarial.

En resumen, podríamos decir que se consiguió que las economías, como he dicho, fuesen más capitalistas que nunca, con mercados y capitales libres y menos contrapesos o limitaciones que pudieran impedir el auge de los negocios. Sin embargo, cuando todo eso ha sucedido, el rendimiento de las economías, los resultados de todos estos procesos que he resumido, es bastante peor que en la fase precedente (en las décadas posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial), cuando había mayor control, gran intervención del Estado y menos libertad de movimientos para el capital.

En realidad, este capitalismo reciente que ha sido más capitalismo y más libre que nunca sólo ha sido exitoso desde un punto de vista: producir un incremento extraordinario de los beneficios.

La proporción de estos últimos con relación al total de los ingresos ha aumentado prácticamente sin cesar en todas las economías desde que esas políticas comenzaron a llevarse a cabo, a diferencia de lo que había venido ocurriendo desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta los años setenta del siglo pasado. Lógicamente, en paralelo a la caída del peso de los salarios: casi veinte puntos de media en los países más avanzados. Se ha calculado que desde 1970 en Estados Unidos ese proceso ha transferido unos 600.000 millones de dólares cada año de las remuneraciones del trabajo a las del capital.¹⁰ Y según un estudio de la nada sospechosa Rand Corporation, si se hubieran mantenido las políticas redistributivas del gobierno de Estados Unidos anteriores a 1975, el 90 por ciento con menos ingresos de la población no hubiera perdido los 50 billones de dólares que fue-

10. Sheets, Nathan; y Jiranek, George, «The Evolution of U.S. Corporate Profits: Dissecting 70 years' of Performance», PGIM Fixed income (2021), <<https://bit.ly/44ENGJG>>.

ron al bolsillo del 10 por ciento más rico, desde ese año hasta 2018.¹¹

En contra de lo que debería haber ocurrido de ser cierta la versión del capitalismo que se tiene por buena, el desenvolvimiento de las economías no ha mejorado cuando se ha concedido la mayor libertad a los capitales y a las empresas para hacer negocios y facilidades casi absolutas para el funcionamiento de los mercados y los negocios, tras liberarlos de todo tipo de trabas, rigideces y controles, y cuando eso ha hecho que aumenten sin cesar sus beneficios. Ha ocurrido todo lo contrario: las economías han ido a peor

Aunque a la hora de registrar lo que de verdad ocurre en las economías, el producto interior bruto es un indicador bastante imperfecto,¹² lo cierto es que, con este tipo de políticas, en los últimos cuarenta años su tasa de crecimiento ha sido más baja que en las décadas anteriores, cuando se aplicaron otras muy diferentes. Los datos son claros al respecto. En Estados Unidos, de 1950 a 1980, el PIB creció una media anual del 3,9 por ciento, y desde este último año a 2020, del 2,6 por ciento.¹³ Y en los demás países occidentales ha ocurrido más o menos lo mismo.

En contra de lo que supuestamente debería haber conllevado el mayor volumen de beneficios, la realidad es que la inversión productiva es más débil en la etapa neoliberal. Es así, porque se ha generado un universo financiero mucho más rentable que el puramente productivo, y especulando con papeles se gana más

11. Price, Carter; y Edwards, Kathryn, «Trends in Income From 1975 to 2018», RAND Corporation, Working Papers (2020), <<https://bit.ly/4b3pDbX>>.

12. El producto interior bruto es una magnitud que mide en unidades monetarias el valor total de lo producido en una economía durante un determinado período. Sus principales limitaciones son que no mide el resultado de la actividad económica que no tiene expresión monetaria (destrucción del medio ambiente, trabajo doméstico...) y que valora por igual lo gastado en generar riqueza o en destruirla. Por eso, entre otras razones, da una imagen que no refleja la realidad de la producción económica.

13. Konczal, Mike; Milani, Katy; y Evans, Ariel, «The empirical failures of neoliberalism», The Roosevelt Institute, Estados Unidos (2020), <<https://bit.ly/484ICS7>>.

dinero y con más rapidez que produciendo mercancías. Es lógico, pues, que la mayor parte del ahorro se dirija allí, en detrimento de la inversión real. Según los datos oficiales, en Estados Unidos, de 1948 a 1973, la tasa de crecimiento media anual del gasto en inversión fue del 4,1 por ciento; de 1979 a 2007, del 2,6 por ciento; y de 2007 a 2017, del 0,8 por ciento.¹⁴

Sucedo, pues, que el capitalismo más capitalista de nuestro tiempo ha hecho que el mayor beneficio obtenido convierta al capital en especulador y rentista, en parásito de sí mismo, en lugar de innovador, como se supone que debía haber ocurrido.

Por otra parte, los salarios más bajos y la baja o nula protección social de estas últimas décadas también han actuado como desincentivos muy poderosos de la innovación. A la mayoría de las empresas no les vale la pena gastar recursos en nuevos capitales o procedimientos más avanzados si pueden obtener beneficios gracias a los costes laborales reducidos. Lo mismo que sucede con el aumento del poder de mercado de las empresas: lo aprovechan para vender con márgenes elevados, sin necesidad de gastar en innovación.

Eso último ha hecho que en una época en que pareciera que la innovación y la tecnología lo dominan todo, la productividad haya aumentado bastante menos que en etapas anteriores, con mucho menor y más lento avance científico y tecnológico. En Estados Unidos, entre 1948 y 1979, la productividad creció un 118,4 por ciento; y de 1979 a 2021, período subsiguiente, sólo el 64,6 por ciento. Por cierto, en el primer período, el salario por hora aumentó un 107,5 por ciento, un poco menos que la productividad; y en el segundo, de políticas neoliberales, un 17,3 por ciento; es decir, 6,2 veces menos.¹⁵

Por otro lado, la menor generación de ingreso productivo y el privilegiado desarrollo de las finanzas han provocado un incremento gigantesco de la deuda. Según los datos de los organismos

14. Bureau of Economic Analysis, «National Income and Product Accounts», <<https://bit.ly/3Zb0fvu>>.

15. Economic Policy Institute, «The Productivity-Pay Gap» (2022), <<https://bit.ly/3PqEk01>>.

internacionales, el porcentaje que la deuda global (pública y privada) representa respecto al PIB mundial (335 por ciento a mediados de 2023, según estimaba el Institute of International Finance) es 2,5 veces mayor que el de 1980 (139 por ciento). Y es lógico. Al disminuir el ingreso de las familias, disminuye el consumo y la demanda efectiva y caen las ventas y los ingresos de las empresas que viven del consumo de los hogares y de las administraciones públicas; lo cual obliga a endeudarse en mayor medida a unas y otras. Así se ha generado una espiral de crédito y de deuda que sólo beneficia a la banca, pues su negocio consiste precisamente en aumentarlos.

La globalización que ha acompañado a todas esas políticas se ha desarrollado para permitir que las grandes empresas operen a bajo coste y exploten mejor a la mano de obra, lo que ha terminado siendo una trampa en la que han caído miles de ellas. Buscando tan sólo aumentar las ganancias, se generó un sistema sin inversión suficiente para hacer frente a los imprevistos, a las situaciones de riesgo e incertidumbre crecientes que se multiplican cuando se deja que el capitalismo actúe sin frenos, con plena libertad para lograr el máximo beneficio a cualquier coste.

Haber dejado que el capitalismo se desenvuelva como un caballo sin bridas, eliminar los controles y contrapesos, y renunciar a regularlo en los ámbitos más propensos a generar inestabilidad ha creado economías en permanente desequilibrio y endeudadas, con millones de empresas cuyos beneficios apenas si llegan para ir pagando su deuda, burbujas financieras gigantescas y una desigualdad que no sólo es inmoral, sino que frena el propio desarrollo del capitalismo como generador de riquezas e ingresos.

Quizás un solo dato que ya apunté antes expresa mejor que ningún otro la degeneración a que ha llegado el capitalismo de nuestros días, cuando se le ha dejado hacer para que el capital se desenvuelva con plena libertad: de 1945 a 1970, prácticamente no se produjo ninguna crisis financiera en todo el mundo. Sin embargo, desde ese último año a 2018 se han registrado 461 crisis financieras (151 bancarias, 236 de divisas y 74 de deuda sobera-

na).¹⁶ Eso equivale a comparar la salud de una persona que nunca ha tenido que ir al médico durante veinticinco años con la de otra que tiene que ir a urgencias del hospital cada mes y medio durante cincuenta años seguidos.

Si se atiende al vértigo de las finanzas, a lo que se gana especulando en sus mercados, al beneficio que consiguen las grandes empresas (en España, en 2022 Endesa lo aumentó un 77 por ciento respecto al año anterior, y los seis grandes bancos españoles, un 22 por ciento en ese año) se diría que el capitalismo de nuestro tiempo vive momentos de gran éxito. No obstante, la valoración sería muy diferente si tomamos en consideración la producción real de bienes y servicios, el empleo, los ingresos de la mayoría de la población, la carga de la deuda, la evolución de la inversión en capital productivo, la ganancia de todas las empresas y no sólo la de las más grandes, o —como he dicho— el número de crisis que se suceden y la destrucción que eso provoca en la economía en general y en la naturaleza.

Soluciones a nuestro alcance que no se aplican

Desde hace décadas, muchos economistas, organizaciones y organismos internacionales vienen proponiendo fórmulas para resolver los grandes problemas que provoca el capitalismo de nuestro tiempo (atraso permanente de muchos países o territorios, hambre, pobreza, destrucción del medio ambiente y cambio climático, inseguridad y falta de resiliencia, crisis financieras recurrentes, deuda imparable o la mortalidad perfectamente evitable de millones de personas).

En 2000, las 189 naciones que formaban parte de las Naciones Unidas y diversos organismos internacionales suscribieron y acordaron tratar de conseguir los Objetivos de Desarrollo del Milenio destinados a erradicar la pobreza extrema y el hambre, lograr la educación primaria universal, promover la igualdad

16. Laeven, Luc y Valencia, Fabian. Systemic Banking Crises Database II. IMF Economic Review 68, pp. 307-361 (2020), <<https://bit.ly/3UN94LH>>.

entre los géneros, reducir la mortalidad infantil, mejorar la salud materna, combatir el avance del VIH/sida, el paludismo y otras enfermedades, garantizar la sostenibilidad del medio ambiente y fomentar una asociación mundial para el desarrollo.

En 2015, la Asamblea General de la ONU adoptó la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, que comprometía a los Estados a movilizar los recursos necesarios para lograr sus 17 Objetivos con 169 metas, centrados principalmente en las necesidades de los más pobres y vulnerables. Y aunque el avance sea demasiado lento y dificultoso, se vienen logrando resultados positivos en casi todas las metas, como prueba de que se han diseñado adecuadamente.

Desde hace más de cinco décadas, el Programa para el Desarrollo de las Naciones Unidas viene señalando y aplicando las estrategias que han permitido aumentar el bienestar humano en un buen número de países y regiones. En resumidas cuentas: repartir los beneficios e inclusión; participación ciudadana y gobernabilidad democrática, con transparencia y rendición de cuentas; servicios públicos de calidad y buen funcionamiento de las instituciones; oportunidades para las mujeres y los grupos marginados; combinación equilibrada entre las estrategias y redes locales y las globales; cuidado y conservación de los recursos naturales.

Son solamente dos ejemplos, de los muchos que podrían ponerse, de acuerdos o estrategias que se ha comprobado que hacen que las economías funcionen mejor, con más bienestar humano y ayudando a conservar la vida en el planeta.

Como señalaba el Informe Anual de 2013 del Programa para el Desarrollo de las Naciones Unidas (PNUD): «Al mirar hacia el mundo, podemos ver qué funciona y qué no».¹⁷ Por eso sabemos que cuando ese tipo de principios se aplican y se dedican recursos a mejorar la vivienda, el saneamiento, la atención médica y la nutrición, a aumentar la productividad de la agricultura y a fomentar el comercio, el acceso a la educación y los nive-

17. PNUD, «Informe anual. Nuevas alianzas para el desarrollo», p. 4, Estados Unidos, 2014.

les de instrucción, «el desarrollo funciona», y pueden aliviarse las heridas mencionadas que produce el capitalismo.

Sabemos que es así, que esas estrategias correctoras funcionan porque allí donde se han aplicado han disminuido la mortalidad infantil, la pobreza, el analfabetismo o el hambre, y han aumentado la esperanza de vida, también el empleo y la producción y el ingreso per cápita. Mientras que allí donde no se aplican, las carencias aumentan y empeoran las condiciones de vida de los seres humanos y de la economía en general.

Un ejemplo reciente es quizás la mejor y más dramática paradoja que supone saber qué hay que hacer para evitar la insatisfacción humana y la muerte de millones de personas y no hacerlo.

Con muchos esfuerzos, lentamente y con gran dificultad, el número de seres humanos que padecen hambre en el mundo había ido disminuyendo desde hacía algunas décadas. Sin embargo, desde 2008 se recortaron presupuestos, se abandonaron casi de manera generalizada las políticas de desarrollo, se permitieron operaciones especulativas multimillonarias en los mercados de productos alimentarios, o que cayeran economías enteras con tal de salvar a la banca privada que causó la crisis... y el hambre aumentó.

Se sabe perfectamente qué hay que hacer para evitarlo. Por ejemplo, un estudio científico publicado en 2019 mostró que los sistemas alimentarios pueden proporcionar dietas saludables para una población mundial estimada en alrededor de 10.000 millones de personas para 2050 y permanecer en un espacio operativo seguro.¹⁸

No obstante, en 2021 había en el mundo 3.100 millones de personas sin acceso a dietas saludables, y en 2023 se registraron 150 millones más de personas pasando hambre que las que había en 2019.¹⁹

18. Willet, Walter; y otros, «Food in the Anthropocene: the EAT-Lancet Commission on healthy diets from sustainable food systems», *The Lancet Commissions*, vol. 393, 10170, pp. 447-492 (2019), <<https://bit.ly/4aLc8h5>>.

19. FAO, FIDA, OMS, PMA y UNICEF, «El estado de la seguridad alimentaria y la nutrición en el mundo 2022. Adaptación de las políticas alimentarias y agrícolas para hacer las dietas saludables más asequibles», Roma, FAO, p. 1 y p. IV (2022), <<https://doi.org/10.4060/cc0639es>>.

En Estados Unidos, el país más rico del mundo, unos 40 millones de personas tienen que recurrir a los bonos del Estado (*food stamps*) para poder alimentarse, y en los últimos años la esperanza de vida está disminuyendo. ¿Ocurre eso porque allí se produce algún tipo de condición natural que permite que tantas personas carezcan de recursos, tengan peor calidad de vida y mueran antes, o porque no se toman las medidas que, incluso en otros países mucho más pobres, permiten, por el contrario, que disminuya la inseguridad alimentaria y aumente la esperanza de vida?

Según los datos de Naciones Unidas, la humanidad ha logrado que la esperanza de vida media pasara de 46,5 años en 1950 a 71,7 años en 2022. Si sabemos qué se ha hecho para lograr que haya aumentado en muchos países y la media global, ¿por qué eso no ocurre en todos los lugares del mundo?

En 1920, el 32 por ciento de los infantes moría antes de cumplir cinco años, y en la actualidad, sólo el 3,9 por ciento. Ha debido de ser porque se ha hecho algo bien, y sabemos perfectamente qué es, pues está muy bien estudiado. Pero, entonces, ¿por qué hay una diferencia de casi 62 a 1 en la tasa de mortalidad infantil entre el país con la más alta (Afganistán) y el de la más baja (Eslovenia)? ¿Por qué en el estado de Misisipi, en Estados Unidos, mueren 2,25 veces más niños al nacer que en California? Y lo mismo podría preguntarse sobre los países o regiones en que las condiciones de vida empeoran mientras que en otros van a mejor.

Los hechos son evidentes: se conocen a la perfección las estrategias de lucha contra el hambre, la mortalidad, la pobreza y otras carencias fundamentales, precisamente, porque cuando se aplican se resuelven y cuando no, aumentan.

Sorprendentemente, lo que ocurre en el capitalismo de nuestro tiempo, por decirlo de una forma muy suave, es que no se ponen en práctica las soluciones que se sabe que funcionan para satisfacer las necesidades humanas más perentorias y esenciales.

Además, es algo que no se produce sólo con relación a las necesidades básicas. Como he demostrado en otros dos libros recientes que cité antes, ocurre casi lo mismo cuando se trata de políticas o estrategias más especializadas en materia económica.

Si entre 1945 y 1970 no hubo prácticamente ninguna crisis financiera en el mundo, y desde ese año hasta 2018 ha habido 461, ¿no será porque se han dejado de aplicar las políticas que se ha comprobado que pudieron evitar que las hubiera durante tanto tiempo? Si se sabe qué políticas comerciales de protección han sido las que permitieron progresar a los países que ahora son más ricos y avanzados, ¿por qué se imponen a los más atrasados (ahora llamados «emergentes») las contrarias, cuyos efectos adversos, asimismo, son evidentes, puesto que nunca acaban de emerger?

Se sabe perfectamente que hay postulados económicos que han sido confirmados como inciertos por multitud de evidencias empíricas, y, sin embargo, siguen siendo aplicados por gobiernos u organismos internacionales. Mientras que otros que se ha comprobado que funcionan no se aplican.

Por ejemplo, se sabe que la inflación no se combate solamente mediante subidas de los tipos de interés; se ha comprobado que las subidas salariales no siempre producen tensiones inflacionistas, sino que las provocan en mayor medida los aumentos de márgenes empresariales; tampoco está demostrado que para crear empleo haya que bajar los salarios; no es cierto que la completa apertura comercial impuesta a los países pobres, y que los países ricos no practican, sea beneficiosa para todos; las llamadas políticas de austeridad no reducen la deuda, como se dice, sino que la aumentan... Sin embargo, a pesar de que se sabe perfectamente que no funcionan, esas medidas se siguen aplicando.

Por el contrario, se ha podido comprobar que al fortalecer los servicios públicos y, en concreto, al universalizar los de salud se ahorran recursos y su provisión es más eficiente; también que al aumentar y sostener la inversión pública, la privada crece y es más eficaz; o que poner en marcha estrategias como la antes señalada del PNUD da mejores resultados que confiar exclusivamente en la acción del mercado. Pero lo que se hace es esto último, y se desprecian las estrategias que se han demostrado exitosas.

¿Por qué no se pone en práctica lo que se sabe que resuelve los problemas de las economías y mejora las condiciones de vida

de los seres humanos? Sólo cabe contemplar una doble posibilidad: o eso ocurre porque no hay recursos para hacerlo o porque en realidad no se desea que esos problemas se resuelvan ya que se tienen otros intereses o prioridades.

Recursos de sobra, sin utilizar o mal usados

Los datos, los hechos cuya realidad se puede comprobar con facilidad, muestran que no es cierto que se carezca de recursos para poder satisfacer de sobra las necesidades de toda la población del planeta.

Los que proporciona la FAO, la organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, son concluyentes.

En diversos informes, este organismo ha mostrado que en todo el mundo se produce un 60 por ciento más de alimentos de lo que se necesita para alimentar suficientemente y de manera saludable a toda la población del planeta. Por lo tanto, no es la falta de recursos y alimentos lo que hace que 2.370 millones de personas, como he señalado, carezcan a diario de dieta suficiente para sobrevivir.

Según un grupo de 77 investigadores de 53 organizaciones de 23 países, para acabar con el hambre y la desnutrición en el mundo harían falta unos 330.000 millones de dólares anuales.²⁰ Es prácticamente la misma cifra en que aumentó el gasto militar mundial en 2022 respecto al año anterior. Eso quiere decir que sin siquiera necesidad de disminuir este último, sino simplemente congelando los presupuestos militares de todos los países, hubiera sido suficiente para disponer del dinero necesario para que toda la población mundial estuviera bien nutrida, y no mu-

20. Laborde, David; Murphy, Sophia; Parent, Maria; Porciello, Jaron; y Smaller, Carin, «Ceres2030: Soluciones sostenibles para poner fin al hambre. Informe resumido», Universidad de Cornell, Instituto Internacional de Investigación sobre Políticas Alimentarias (IFPRI) e Instituto Internacional para el Desarrollo Sostenible (IISD) (2022), <<https://bit.ly/3swCFgg>>.

rieran por esa causa unas 25.000 personas cada uno de los 365 días de ese año, 9,3 millones en total.

Para alcanzar los objetivos de desarrollo sostenible que mencionamos antes, mucho más ambiciosos que tan sólo evitar el hambre, Naciones Unidas ha estimado unas necesidades anuales de inversión en todos los sectores de entre cinco y siete billones de dólares. Es una cantidad muy importante, pero como la misma organización señala, no muy difícil de alcanzar si se tiene en cuenta que el valor de los activos financieros mundiales es de más de 200 billones de dólares. Bastaría, por tanto, un pequeño impuesto de entre el 2,5 y el 3,5 por cien del valor de estos últimos para disponer del dinero necesario.²¹

Podemos hacernos una idea más clara de hasta qué punto hay recursos suficientes para todo ello teniendo en cuenta lo siguiente.

Según los datos del Banco de Pagos Internacionales, el volumen de todas las transacciones financieras que se llevaron a cabo en el mundo en 2021 fue de unos 15.900 billones de dólares (millones de millones).²² Eso significa que con una tasa de entre 3 y 4 céntimos de euro por cada transacción de 100 euros se podría financiar el coste mencionado para alcanzar todos los objetivos del desarrollo sostenible.

¿Cómo se puede afirmar entonces que no hay recursos?

La realidad del capitalismo de nuestros días es que hay dinero y recursos suficientes, muy sobrados, para garantizar un sustento digno a toda la población mundial y, sin embargo, no se utilizan para ello.

En mi opinión, la razón de que eso ocurra es sencilla. En el capitalismo no se utilizan todos los recursos disponibles para producir lo que se necesita, sino que se produce tan sólo lo que

21. Naciones Unidas, «La Agenda para el Desarrollo Sostenible», 2023, <<https://bit.ly/3Pp5Ive>>.

22. Las estadísticas desagregadas del Banco de Pagos Internacionales que permiten obtener ese total se encuentran en BPI, «Payments and financial market infrastructures», 12 de abril de 2023, <<https://stats.bis.org/statx/toc/CPMI.html>>.

tiene demanda solvente; es decir, gente con dinero suficiente para comprarlos. En los mercados capitalistas sólo pueden adquirir los bienes y servicios que necesiten quienes dispongan de recursos suficientes para pagarlos, de modo que en ellos sólo se satisface a quien los pueda comprar. En el capitalismo no se producen bienes y servicios para satisfacer necesidades, sino para obtener beneficios. Sin duda, es cierto que así se satisfacen necesidades, pero tan sólo las de quienes disponen de dinero para comprar esos bienes y servicios.

Las consecuencias de este hecho innegable no son solamente de índole moral. Por un lado, hay una constante tensión social. Un desequilibrio que de manera permanente produce conflictos, guerras y enfrentamientos de todo tipo que obligan a gastar dinero en armas y represión, un gasto que detrae recursos, lo que provoca aumento de la pobreza y el sufrimiento humano. Y, por otro lado, da lugar a que casi nunca sea posible garantizar, o al menos no con carácter permanente, que se produzca el equilibrio entre la demanda solvente de bienes y servicios y los niveles de producción que proporcionan el beneficio esperado. Eso explica que ese principio motor del capitalismo (el afán de lucro que lleva a utilizar los recursos para producir sólo lo que genere beneficio) sea también la causa de crisis recurrentes y de quiebras, de la constante autodestrucción que provoca el capitalismo a medida que evoluciona. Algo que se debe a una razón fácil de entender.

El sistema capitalista es un sistema complejo. Eso quiere decir que está formado por partes muy diversas en permanente interacción. Lo que sucede en cada una de ellas depende del conjunto, y éste a su vez depende de lo que sucede en todos y cada uno de sus componentes. Sabemos que estos sistemas pueden funcionar con reglas muy elementales, pero no sin ellas o con una sola (como ocurre cuando el sistema capitalista se guía simplemente por el afán de lucro).

Por ejemplo, pensemos en una bandada de estorninos o en un banco de peces. Forman un sistema complejo que evoluciona en cualquier dirección y con cualquier forma, pero sin desperdigarse gracias a que todos ellos respetan dos simples nor-

mas, aprendidas quizás durante millones de años: mantener siempre la misma distancia respecto a quienes están a su lado, y evitar quedarse en el extremo de la bandada. Si cada uno de los estorninos volara sin respetarlas o si sólo cumpliera con una de ellas, la bandada desaparecería.

Guiado tan sólo por la búsqueda del beneficio, el capitalismo resulta —como nos enseña con claridad su historia— intrínsecamente inestable, y sólo corrigiendo de modo permanente su comportamiento con otras normas se puede evitar que colapse.

La información más abundante, con más mentira y confusión

Cuando se analiza la situación de un sistema económico, no podemos limitarnos a contemplar su dimensión económica. Su desempeño como tal y el bienestar que realmente proporciona a los individuos dependen también de lo que suceda en otros aspectos que tienen que ver con las instituciones y las condiciones generales de vida. En concreto, es fundamental preguntarnos hasta qué punto permite que todos los seres humanos sin distinción vivan en verdadera libertad y dispongan de poder suficiente para influir en las decisiones colectivas que afectan a su vida, a sus oportunidades y a sus derechos.

En ese sentido, un aspecto fundamental para conocer lo que realmente sucede en un sistema económico es el que tiene que ver con la generación, difusión y acceso a la información.

Disponer de esta última ha sido efectivamente esencial en cualquier etapa de la historia humana, desde sus inicios hasta nuestros días. Sin información nunca ha sido posible el progreso humano, y de ella ha dependido siempre que unos individuos o grupos sociales tengan más poder de decisión o capacidad para imponer sus preferencias sobre las del resto.

Lo característico del capitalismo de nuestra época no es que la información sea más relevante que en otros momentos de nuestra historia, sino que se han multiplicado de forma extraor-

dinaria las fuentes de conocimiento, el volumen de información disponible y la posibilidad de acceder a ella por parte de la población prácticamente en cualquier lugar del mundo como si fuese una mercancía más.

La informática, las telecomunicaciones y la inteligencia artificial ponen a nuestro alcance, incluso en un modesto teléfono móvil, cualquier dato e información de lo que ocurre en el sitio más recóndito del planeta. En 2023, el 65 por ciento de la población mundial tenía acceso a internet, un porcentaje además en constante aumento, y todas las fuentes de información han multiplicado su capacidad de difusión. Por consiguiente, es posible conocer la opinión que cualquier otra persona haya hecho pública, los resultados del análisis científico más reciente, las consecuencias, los costes y beneficios potenciales de cualquier acción humana. La mayoría de la población mundial tiene a su alcance los ingredientes necesarios para construirse una imagen objetiva y cierta de lo que realmente ocurre a su alrededor.

Sin embargo, la confusión, la mentira, los bulos y las noticias falsas de todo tipo contaminan constantemente los flujos de información y, como fruto de ello, las creencias estrambóticas y el desconocimiento condicionan la vida y las decisiones de un porcentaje tan elevado de la población mundial que pareciera increíble. Baste decir que, en Estados Unidos, el 34 por ciento de quienes llegaron a la edad adulta en torno al año 2000 y el 18 por ciento del total de la población creen que la Tierra es plana (lo mismo que otros seis millones de franceses), y entre un 10 y un 15 por ciento de la población de los países más avanzados todavía no cree que el cambio climático sea una amenaza para el planeta.

Paradójicamente, la abundancia de fuentes de información, su gran poder de difusión y su enorme sofisticación están acompañados por una enorme y creciente desinformación. Las encuestas que se realizan en todo el mundo demuestran que la propia población lo percibe con claridad. Una realizada en España señalaba que el 71 por ciento de las personas encuestadas están totalmente de acuerdo con que «la desinformación y los bulos tienen la capacidad de manipular las creencias de las perso-

nas». ²³ Y un 25 por ciento reconocían haber sido objeto de una información falsa, un porcentaje que en algunos otros casos (cuando hay de por medio elecciones o decisiones políticas fundamentales) puede superar el 70 por ciento, como sucedió en Chile con motivo del debate sobre la reforma constitucional. ²⁴

Es verdad que la difusión consciente y estratégica de bulos se ha producido en toda la historia. Se dice que el emperador Augusto combatió a Marco Antonio difundiendo la idea de que era alcohólico y mujeriego. La persecución de los primeros cristianos se basó en mentiras sobre su comportamiento y pretensiones. En la Edad Media proliferaron los llamados libelos de sangre. En el siglo XIX abundaban los panfletos y textos con todo tipo de mentiras. En el XX, con la consolidación de los medios de comunicación social y de masas, la difusión de bulos se multiplicó en cantidad y eficacia. Pero ha sido en los últimos años cuando la mentira se ha convertido en una norma, hasta el punto de que se ha creado una nueva palabra, *posverdad*, para referirse a la construcción de relatos que distorsionan la verdad de manera consciente, ya que no procuran reflejar la realidad, sino solamente las creencias o emociones que se desea reforzar. La convivencia con las *fakes* (mentiras) se ha convertido en un lugar común de nuestra vida social, sobre todo en la política, el ámbito en que deben dirimirse nuestras distintas preferencias o aspiraciones colectivas. Valga como ejemplo que el diario *The Washington Post* contabilizó 30.573 afirmaciones falsas o engañosas del expresidente Donald Trump a lo largo de su mandato (unas 21 diarias, de media). ²⁵ Una práctica que, aunque quizás no en tan desorbitada magnitud, es habitual en todos los países. Si bien es cierto que se lleva a cabo en muy desigual medida, pues también se comprueba en los contadores de mentiras que elaboran algunos medios que no todos los políticos mienten por igual.

23. Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología, «Desinformación científica en España» (2022), <<https://bit.ly/3EnQEYr>>.

24. Fundación Multitudes, «Encuesta sobre la desinformación en la convención constitucional» (2022), <<https://bit.ly/4817t97>>.

25. Kessler, Glenn, «Trump made 30,573 false or misleading claims as president. Nearly half came in his final year», *The Washington Post*, 23 de junio de 2021, <<https://bit.ly/3sJp8SQ>>.